



Academia del Plata



Instituto de Bioética

"Prof. Dr. Hugo O. M. Obiglio: el legado de su magisterio".

In memoriam

Alicia Errázquin

Buenos Aires, 19 de noviembre de 2019

Estas líneas no tienen por objeto detenernos a enunciar la extensa y prestigiosa trayectoria académica del Prof. Dr. Hugo O. M. Obiglio, sino que, estas palabras son una reflexión personal sobre la transmisión de su magisterio.

Conocí al Dr. Hugo, como lo llamábamos con cariño y con respeto, a comienzos del año 1995. Vino a mí esa primera entrevista gracias a una religiosa muy querida y adelantada a su tiempo, de la Familia de María Auxiliadora, Hna. Lidia Celina Goicoa, y quien por entonces, ocupaba un cargo en el Consejo Superior de Educación Católica. Recuerdo esa primera conversación con el Dr. Obiglio como causa de admiración y estímulo.

Estaba dirigiendo el Instituto de Ética Biomédica de la Pontificia Universidad Católica Argentina. Atesorando un alto nivel en el ejercicio de su profesión médica, "lo animaba, junto a su entrañable amigo personal y quien por entonces era Rector de la UCA, el P. Domingo Basso, la necesidad de

ahondar en una investigación y enseñanza del conocimiento ético en el campo de la biomedicina¹. Pero su penetración científica por “los problemas que interpelan una solución desde una perspectiva superior: la inmanencia del plano de la ética de toda acción humana”, se remonta a muchos años antes. Tengo la convicción que esa agudeza brota en su infancia, alentada por la educación recibida de los Maestros de la Compañía de Jesús, a quienes recordaba como “inteligencias superiores, que lo formaron inculcándole el mismo espíritu que le impartieran sus padres: amor por la libertad y la verdad, un objetivo trascendente que de sentido a la vida y respeto por la dignidad humana². Más tarde, esa clarividencia intelectual se aquilata y se nutre en su vocación por el estudio de una medicina a la que anhelaba fuera cada vez más “humana y humanizante”. En sus diálogos solía recordar que en los comienzos de su carrera hizo durante un tiempo investigación básica, lo que le había permitido de alguna manera analizar con cierto valor y con más justicia, lo que años después, significara el apabullante avance en el campo científico y tecnológico.

Fue un precursor de la ética biomédica y configurador de la disciplina bioética. Fue un maestro de lo humano. Un maestro que manifestó la incuestionable verdad de la Ciencia, que enseñó a sus alumnos a extremar el rigor de la investigación científica, y de la precisión que se debía tener en el estudio de las fuentes bibliográficas. Cómo no recordar el esmero con que hacía sus escritos, con que preparaba una nota, la dedicatoria de un libro, un apunte de clase, buscando cuidadosamente las precisas acepciones de las palabras con que debía expresarse. Su palabra escrita u oída no daba lugar a la dubitación. Como muestra de esa finura y rigor de su análisis, viene a mi recuerdo, entre tantos, un diálogo que mantuvo en su momento, con una periodista sobre un artículo publicado en la edición dominical de un importante periódico de nuestro país, sobre la Clonación de la oveja

¹ Errázquin, Alicia, “*Laudatio del Prof. Dr. Hugo O. M. Obiglio*”. La Plata, 3 de agosto de 2016, p2. Modificado.

² Id ídem, pp3 y 4. Modificado.

Dolly. Ante la obstinada requisitoria periodística por saber qué opinaba de la clonación de Dolly, el Dr. Obiglio perseveraba en explicarle que al no disponer de ningún paper científico sobre el procedimiento llevado a cabo, él no podía emitir un juicio de valor. La periodista lo interpelaba pensando que estaba frente a un interlocutor con desconocimiento y poco actualizado. Entonces, el Dr., para hacerle comprender el porqué de su respuesta, le terminó preguntando con qué sustento explicativo se había elaborado esa noticia, a lo que la periodista respondió que se había escrito con la interpretación que un periodista no científico había hecho del cable que provino de Escocia. Se trataba entonces, de un tema de racionalidad científica y no de ciencia-ficción, que requería de una precisión que pudiera mostrar los hechos reales, para que los juicios éticos que se emitieran no resultaran faltos de racionalidad. De esta narración han pasado ya 23 años y no hemos conocido de manera fidedigna esos procedimientos. La patente de Roslin no se ha podido vender. Sólo supimos que Dolly nació vieja, infértil, enferma... y no hay una segunda Dolly.

En mi reseña a su cualidad de maestro, sobresale su espíritu incansable del estudio para transmitírnoslo y esa particular actitud de servicio desinteresado a los demás, compartiendo el fruto experiencial de su propia praxis.

En los últimos años, sabíamos observar cómo, en grupos de jóvenes que animó a formarse o, en diferentes reuniones o congresos, los más jóvenes se miraban en él, como el espejo que les mostraba la imagen de lo que es la coherencia, el sacrificio, la disponibilidad y la generosidad que debía arrostrar toda persona bien formada que se dispusiera a defender la vida sin concesiones, en medio de una cultura empeñada en conculcarla.

En su persona había grandeza a la vez que humildad. En nuestro trabajo había una profunda unión y respeto. Ha sido para muchos de nosotros una ayuda estimulante. Queda marcado en mi memoria el aprecio que manifestaba por las dificultades de sus cercanos colaboradores, dispuesto a escuchar

y a dar, si consideraba, el buen consejo. Recuerdo que ante la falta de perseverancia, un mal contemporáneo que afecta mucho, sea en las relaciones personales, de trabajo o de estudio, le causaba pena que las personas abandonaran sus propios proyectos.

Escribir sobre su maestría, es recordarlo también como un adelantado a los tiempos. En momentos en que la cultura cristiana se percibía aún sólida por toda Iberoamérica con excepción de Cuba, él supo entrever la necesidad de formar estudiosos expertos en distintos campos para dar respuesta a la defensa del valor incuestionable de la vida humana. En el año 2001, en San José de Costa Rica, se unió a la fundación de la Universidad Libre Internacional de las Américas, con sede en España, institución cuya filosofía se fundamenta en el humanismo del servicio a la defensa de la vida. El vislumbró en el horizonte de aquel inicio del tercer milenio, lo que ahora vemos avanzar en no pocos países de América: el embate moral que representa el aborto, la eutanasia, la maternidad vulnerable, la ideología de género, etc. En su alocución ante la VI Asamblea General de la Pontificia Academia por la Vida, en febrero de 2000 lo expresaba así: “América Latina tiene todavía su mirada puesta en Dios. La lucha por los problemas que atañen a la vida y a la familia así lo demuestra. Debemos continuar evangelizando a nuestra juventud, que por el momento vive un ideal de familia (...). No olvidemos que la juventud de hoy será la dirigencia de mañana. Recordemos que corresponde a la justicia gobernar con prudencia todo aquello que hace a la vida humana, con especial atención a los más pobres y desprotegidos. No dejemos que América Latina declame una cultura de la vida, para vivir una cultura de la muerte.”³

Con discernimiento y convicción aplicó y defendió el ejercicio de una medicina que debía estar íntimamente ligada a una moral médica, natural y cristiana, para así otorgarle a la dignidad humana un fundamento firme.

³ Obiglio, Hugo O. M., “*La evolución de las leyes relativas al derecho a la vida, la planificación familiar y la procreación artificial en América Latina*”, VI Asamblea General de la PAV, Roma, febrero de 2000.

El texto de una oración que le había regalado muchos años atrás, un distinguido sacerdote jesuita, el P. Jesús Fernández, entrañable amigo personal y a quien atendió médicamente hasta su muerte, lo ha acompañado siempre. El contenido de esa oración es el reflejo de lo que debe ser el quehacer médico⁴. Creo también, era para él el modo de vivir que hiciera de su vida médica.

La oración dice así:

Señor:

Haz de mí profesión un acto de fe: da a mi mente luz

para encontrar las fuentes de la vida.

Haz de mi profesión un acto de amor: da a mi corazón humildad

para comprender el misterio del sufrimiento.

Que yo cure en tu nombre: pon en mis manos respeto y dulzura

para tocar los cuerpos y en mis palabras ilusión para tocar las almas.

Y que mis ojos vean tus llagas en el sacramento de la sangre y la herida.

*Para que los que lleguen tengan esperanza, los que están tengan confianza, y los que se vayan lo
hagan en paz.*

Amén

(R.P. Jesús Fernández S. J.)

⁴ Notas personales recogidas de palabras del Dr. Hugo Obiglio.

Al Dr. Obiglio lo evocaremos como una gran persona, ejemplar y sabia. En lo personal, lo recordaré con gran admiración y gratitud. Fue un genuino caballero cristiano. Un caballero poco común: fino de alma y fino en los modales. Es reconocer a un padre y esposo ejemplar. La familia que constituyó ocupó un lugar muy importante en su vida. Se casó con Silvia María Peña. En 60 años de matrimonio con Silvia formaron una hermosa familia con 5 hijos y 18 nietos.

Fue un ejemplo sobresaliente de coherencia intelectual. Comprendiendo que no hay testimonio sin vida coherente, nos dejó una última enseñanza extraordinariamente valiosa: personalizó lo que nos había enseñado sobre el derecho a morir con dignidad. En uno de sus escritos había expresado que “desde el comienzo de nuestra vida humana, desde la concepción, caminamos ineludiblemente hacia la muerte. Por esta razón, es que desde temprano debemos educar para la muerte, y lo deberemos hacer pensando en la muerte, acompañando a la muerte y viviendo la muerte.”⁵

Fiel a esas enseñanzas, comunicó con su testimonio el sentido final de su existencia y, cuando le fue diagnosticada la enfermedad y no quedaban más recursos médicos para detenerla, dispuso todo para transitar el misterio más grande de todo ser humano, sobrellevando su padecimiento con discreción y entereza, con el reconocimiento de su rol de paciente para definir algunos aspectos de su tratamiento médico, asistido física y espiritualmente en su casa, en paz y acompañado del amor de su familia.

Para terminar, quiero dar gracias a Dios por la herencia benéfica que nos deja el Dr. Hugo Obiglio y por haber podido hoy aquí, rendirle su merecido homenaje.

Muchas gracias.

⁵ Obiglio, Hugo, *El derecho a morir con dignidad*, IATRIA – Revista Argentina del Consorcio de Médicos Católicos, Diciembre de 2008, Nro. 189, p19.